EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 27, TOMO II.—LUNES 18 DE AGOSTO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía de Góngora, por D. Angel Fernandez de los Rios.—Un Herradero en Casa Luenga, por D. Francisco Perez de Anaya.—El Hermano de la Mar, capítulo XII, por D. Tomás Rodriguez Rubí.—El Chapin del Rey, poesía, por D. Isidoro Gil.—Sucesos contemporáneos.

BIOGRAFIA.

GONGORA.

En uno de los números anteriores hemos apuntado, al bosquejar la biografía del inmortal Rioja, algunas de las grandes cualidades que adornaron al poeta, á quien tratamos en el presente de rendir el homenaje de la admiracion que siempre esperimentamos al examinar sus obras. Don Luis de Góngora, dijimos, pulsando las cuerdas del laud castellano, logró producir en sus *romances* los dulces sones que habian arrebatado siempre al pueblo, y sus cantos fueron oidos con aplauso. Pero queriendo ir mas lejos y careciendo de la instruccion de Herrera, hubo de dar en un espantoso precipicio; creó un lenguaje tan revesadamente fantástico é introdujo tales giros, metáforas é hipérboles en él, que pasando al estremo opuesto la poesía, vino en sus manos á ser de todo punto ininteligible.—En efécto, cualquiera que libre de las preocupaciones que han reinado sobre este esclarecido vate, examine sus producciones detenidamente, encontrará en ellas dos poetas enteramente distintos: el poeta de la juveutud, fresco, lozano y vigoroso, como lo eran sus inspiraciones, y el poeta innovador que aspiraba á trastornar las leyes existentes en la literatura. Bajo estos dos aspectos debe, pues, en nuestro juicio, considerar la crítica, para obtener todos los resultados racionales, á don Luis de Góngora y Argote, siendo por lo tanto el punto de vista desde donde nosotros nos proponemos contemplarle.

Todo el mundo sabe que desde los primeros pasos dados por la poesía española, aparecieron en la arena dos escuelas distintas, entre las cuales medió y debió mediar una distancia enorme, atendida la índole de cada cuál y los medios de que entrambas se

valian.—Desde el *Poema del Cid* hasta los *cantos del Cartujano y de Castillejo* habia existido esa diferencia palpable, separándose de dia en dia los espresados géneros, si bien caminaban uno y otro á su perfeccion respectiva. Estaba, sin embargo, dotada la poesía popular de mas vida, y mientras que la escuela docta se desdeñaba de recibir el aplauso del vulgo, se alzaba aquella con el dominio de los campamentos y de las batallas, alimentando el entusiasmo y el espíritu nacional, á fuerza de hazañas é inauditas proezas. Era la poesía vulgar la historia viva del pueblo, que repetia enagenado aquellos cantares, en donde se le revelaban las costumbres y las creencias de sus mayores, y en donde á vueltas de la naturalidad y sencillez se descubria siempre un fondo de sublimidad admirable.—La poesía erudita, desdeñando la vida presente, teniendo en poco la realidad de cuanto la rodeaba, carecia del idealismo y del entusiasmo necesarios para producir grandes creaciones, y se habia visto en el duro trance de pedir inspiraciones á otros pueblos y á otros tiempos, cayendo por fin en todos los defectos que son inevitables, cuando falta la verdadera vocacion, el verdadero estro. Una hinchazon y una afectacion, censurables á todas luces, fueron los resultados que produjo esta escuela á fines del siglo XV, apareciendo ya entonces falta de vigor y gastada absolutamente, aunque cubierta de mas preciosas galas, que no pasaban por otra parte de ser un préstamo harto sensible.

Ya en otros artículos hemos hablado de la innovacion de Boscan y de Garcilaso, indicando nuestra manera de juzgarla. La poesía docta, al recurrir á Sanazaro y á Virgilio, á Horacio y á Petrarca adoptó nuevas y mas bellas formas; pero en vez de quebrantar el yugo que pesaba sobre ella, se sometió á un influjo tanto mas severo y tiránico cuanto era mas seductor en la apariencia. Los escritores de la época de Augusto, los escritores del siglo de Leon X llegaron á ser la única ley, la única norma de nuestros poetas: á ellos recurrian para pedirles sus inspiraciones, y abjurando dolorosamente de una nacionalidad triunfante y gloriosa, en nada tuvieron los recuerdos de lo pasado, de nada les sirvieron las grandiosas lecciones de lo presente.—

Este era el espectáculo que presentaba la literatura española, cuando Góngora llegó á la arena con armas y caballo. Los poetas que seguian esta escuela, hubieran creido rebajarse, al emplear sus fuerzas en obsequio de la poesía popular, que se habia ostentado hasta aquel tiempo con el dominio absoluto del romance castellano. Góngora llegó á la liza sin preocupaciones, con entusiasmo y con verdadero patriotismo. ¿Qué debió hacer y qué hizo, al contemplar el palenque en donde la nacionalidad española se mostraba tan mal parada? Hé aquí lo que nos prometemos manifestar en el presente artículo, no descuidando el dar algunas noticias sobre su vida.

Córdoba, la cuna de los Sénecas y de Lucano, de Ambrosio de Morales y de Pablo de Céspedes, fué tambien la patria de don Luis de Góngora y Argote, que vió la luz del dia el jueves 11 de julio de 1561. Fueron sus padres don Francisco de Argote, licenciado en ambos derechos, corregidor de Madrid y de diferentes poblaciones, y doña Leonor de Góngora, pertenecientes los dos á distinguidas familias. Aun no contaba don Luis quince años, cuando iniciado ya en el conocimiento de la lengua latina y de las matemáticas, le enviaron sus padres á la universidad de Salamanca á proseguir sus estudios, matriculándose en las cátedras de derecho. Su claro talento y su natural altivo y bullicioso le conquistaron al par el aprecio de sus maestros y el cariño de sus condiscípulos, sobre los cuales ejercia un dominio sin límites. Pronto siempre á tramar una pendencia, como á transijirla por medio de las armas, era franco y leal con sus amigos, abrumando á sus enemigos con burlas y amargas sátiras, cuando esquivaban darle satisfaccion cumplida de alguna ofensa. Así desde aquellos primeros años de su residencia en Salamanca llegó á ser conocido por su espíritu inquieto y aventurero, por su causticismo y por la gracia de sus burlas, no teniendo pequeña parte en esta celebridad sus empresas amorosas, que le proporcionaron no pocos y comprometidos lances.—Refiérense entre estos la contienda sostenida por él y su primo don Pedro Angulo contra don Pedro de Hoces, señor de Albaida y don Rodrigo de Vargas, de la cual salió bastante mal parado el primo de Góngora, quedando éste herido levemente, sin que cupiera mejor suerte á los contrarios.—Tales eran las condiciones del carácter del gran vate cordobés, cuando reconoció en sí fuerzas suficientes para pulsar la lira. El amor le convidaba con sus dulces encantos; el espíritu caballeresco que anidaba en sus venas le impulsaba á recordar las hazañas de sus mayores; los inconvenientes que se oponian á sus empresas amorosas y á sus juveniles travesuras, le daban márgen para esgrimir la sátira.—Góngora fué al mismo tiempo poeta satírico, poeta erótico y poeta caballeresco, si tal puede llamarse.—Puesto ya en el camino de las burlas, lo mismo las empleó contra los que abrigaban todavía un espíritu feudal que contra los que pertenecian á la plebe; lo mismo contra los literatos que contra los idiotas, contra los caballeros de industria que contra los padres de familia, no quedando finalmente, ninguna clase de la sociedad, á la cual no hiciese la péñola de don Luis algun rasguño. Hé aquí, pues, como escarnece á los primeros:

Los cuarteles de mi escudo
lo pueden ser de un jardin:
un espino y dos romeros
y cuatro flores de lis.
Que verde soy de linage
no lo sepa algun rocin:
que me teñirá, engualdado,
estas mañanas de abril.
Sangre mas que una morcilla,
honra mas que un paladin;
doña Blanca está en Sidonia
en mi bolsa ni un ceutí.

Es digno de observarse que siempre que don Luis de Gongora, el jóven estudiante de Salamanca, emplea la mitología en sus romances y letrillas, lo hace de una manera que no podia menos de causar disgusto á sus coetáneos, engolfados profundamente en el laberino de la teogonía pagana.—Así habla de Eolo en los romances de *Hero y Leandro*:

Los vientos desenfrenados
parece que entonces huyen
del odre, donde los tuvo
el griego de los embustes.

Y de este modo tan poco reverente hace mencion de Cupido y de su madre, al invocar su amparo la desdichada Hero:

Pero amor como llovia
y estaba en cueros, no acude,
ni Vénus porque con Marte
está cenando unas ubres.

No es mas atento Góngora con las damas *busconas*, que á juzgar por el testimonio de los poetas dramáticos abundaban en sus tiempos:

Recibí vuestro billete,
dama de los ojos negros,
con mil donaires cerrado
y con mil ánsias abierto.
En fé de los treinta escudos
que en vuestro renglon tercero
vienen en un *alma mia*
disimulados y envueltos;
Os envio ese inventario
de las partidas que tengo:
que es como si os enviára
las del infante don Pedro.

Habia cundido en la época de Góngora y héchose costumbre literaria el dedicarse los poetas doctos á escribir *romances moriscos*, por vía de pasatiempo: don Luis, que no se habia libertado de este influjo, haciéndolos por cierto escelentes, cansado al fin de tanto moro ó quizá de mal humor contra algun vate de los que se dedicaban á aquel género, acudió á su musa burlesca para abrumarlo con el ridículo, esclamando últimamente en otro tono:

Dejais un fuerte Bernardo,
vivo honor de nuestra España,
asombro de la morisma,
temor general de Francia.
Dejais un Cid Campeador,
un Diego Ordoñez de Lara,
un valiente Arias Gonzalo
y un famoso Rodrigo Arias.
Un gran Gonzalo Fernandez,
lustre y honor de mi patria,
tan grande solo en el nombre,
como temida su espada.
Y aquellos héroes famosos,
dignos de gloriosa fama:
que eternizó sus memorias
la conquista de Granada.

Don Luis habia comprendido, segun manifiestan estos versos, cuál era el espíritu, cuál la índole propia del romance castellano, y aunque empleó este metro, tan combatido por unos como ensalzado por otros, en asuntos burlescos, amorosos y pastoriles, tambien consagró no pocas horas á los recuerdos nacionales, escribiendo los romances del *Español generoso* y *El forzado de Dragut*, y dando á los *moriscos* un sabor tal y un colorido tan bello, que á pesar de su repugnancia, no puede menos de reconocerse que su verdadera gloria estriba sobre todo en este género de composiciones.—Creemos inútil el multiplicar las citas, para que sirvan de apoyo á estos asertos, cuando estamos persuadidos de que nuestros lectores habrán tenido mas de una vez ocasion de admirar la facilidad, la delicadeza y la lozanía que Góngora desplegó en la primera época de su carrera literaria, acariciado por las musas españolas. ¿Quién no sabe de memoria el bellísimo romance de *Angélica* y *Medoro*? ¿Quién desconoce el del *Gallardo Abenzulema*? No en valde los mismos enemigos de Góngora le han dado el título de rey de los romances y letrillas, en cuyo género se mostró tan feliz, como puede verse al recordar aquella de

Lloraba la niña
y tenia razon.

No en valde don Ignacio Luzan, primer campeon de la reforma del último siglo, decia tambien, hablando de nuestro poeta, que la *fantasía muy viva* de Góngora y su grande *ingenio* habian brillado sobre todo en los romances, presentados por el mismo preceptista como una escepcion de la estravagancia é hinchazon que plagaron despues sus producciones.

Este habia sido el Góngora de la juventud: bullicioso, mal sufrido, altanero y amigo de pendencias, dejó en Salamanca tanta fama entre los estudiantes como entre las mujeres burladas.—Su natural, inclinado del mismo modo á lo malo que á lo bueno, á lo lícito que á lo ilícito, le habia conducido alternativamente á la sátira, á la mordacidad, á la pasion, al entusiasmo; pero en medio de todo hervía la sangre del caballero, y por esta causa eran francas sus burlas, aunque sañosas; sus amorios, aunque inclinados al escándalo, no tenian nunca depravadas consecuencias, y aparecia siempre pronto á inflamarse con las acciones heróicas, recordando las glorias de sus mayores con la mas alta complacencia. Todas estas cualidades, reflejadas en sus poesías, no podian menos de conquistarle una popularidad grande y una reputacion envidiada.—Así parecia natural que sucediera y así fué en efecto.—Cuando graduado ya el poeta cordobés en derecho, dejó á Salamanca, teatro de sus travesuras, para pasar á Madrid, en donde residian aun sus padres, gozaba ya de un nombre distinguido en la república de las letras.—Pero este viaje que debia servir para madurar su talento, apartándolo de aquella vida inquieta; que debia presentar estímulos poderosos á su ingenio, solo sirvió para apartarle de la senda que hasta allí habia seguido. Aquí desaparece ya el poeta de la juventud y comienza la historia del poeta innovador, bajo cuyo imperio habia de sufrir la literatura española el mas lamentable trastorno.

"Su genio independiente, dice don Manuel José Quintana, era incapaz de seguir ni de imitar á nadie: su imaginacion, en extremo fogosa y viva, no veia las cosas de un modo comun; y el colorido débil y pálido de los otros poetas, no puede sufrir comparacion con la bizarría, si así puede decirse, de su espresion y su estilo.»—Góngora habia triunfado en todas partes por la flexibilidad de su ingenio; despues de recorrer todos los géneros que reconocia la poesía española propiamente dicha, quiso tambien cultivar la poesía docta. Sus primeros ensayos produjeron los mas preciosos frutos; pero cansado al fin de la trivialidad de Lope y de los que seguian sus huellas, pensó en dar á la poesía lírica una entonacion mas elevada, aspirando á estender los límites del lenguaje poético, y dedicándose, para conseguirlo, á inventar un dialecto "que remontase el arte de la llaneza rastrera á que segun él mismo, estaba entregado.»—La empresa de Góngora, que era laudable hasta cierto punto, despertó la indignacion de sus contemporáneos, que se desataron en sátiras é invectivas contra el innovador, creyendo que lograrian abrumarlo bajo su peso.—Pero el estudiante aturdido de Salamanca, irritado con la oposicion y firme en su propósito, respondió á los que le criticaban con sarcasmos, lanzando sobre ellos todo el peso del ridículo, ya que no podia reducir la cuestion al terreno en que habia debatido la mayor parte de sus altercados:

Patos del agua-chirle castellana,
de cuyo rudo orígen fácil riega
y tal vez dulce inunda vuestra vega,
con razon vega, por lo siempre llana;
Pisad graznando la corriente cana
del antiguo idioma y turba lega:
las ondas acusad cuantos os niega
ático estilo, erudicion romana.

En estos versos, que no es fácil comprender, se conoce sin embargo que su mayor enemigo era Lope de Vega, contra el cual se ensangrentó mas claramente en otro soneto que comienza:

Aquí del conde Claros: dijo y luego
se agregaron á Lope sus secuaces,

en donde se burla de todas sus producciones; ó en otro, cuyos cuatro primeros versos dicen de este modo:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres de tu escudo,
porque aunque todas son de viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

Otro de los que fueron mas directamente objeto de su saña, es sin duda don Estevan de Villegas, grande imitador de Anacreonte, que se habia presentado en la arena literaria con menos modestia de la que debia:

Anacreonte español, no hay quien os tope
que no diga con mucha cortesía,
que ya que vuestros pies son de elegía,
que vuestras suavidades son de arrope.

Estos sonetos que no se encuentran en las ediciones antiguas, conservándose en los códices manus-

critos, manifiestan lo irritado que pusieron á Góngora los *secuaces* de Lope.—Pero ni la agresion ni la defensa, aparecen ante la crítica bastante justificadas. ¿Podia permanecer la poesía española en el estado a que la habian reducido? Cualquiera que conozca la historia de nuestra literatura, nos responderá fácilmente.—¿Era el medio escogitado por Góngora el único hábil para sacarla de aquella postracion y amaneramiento?.... El defecto capital de la poesía lírica, como hemos dicho otras veces, no consistia en las formas, no estrivaba tampoco esencialmente en el lenguaje: su falta de vida, su prosaismo, provenian de su falta de originalidad, habiéndole sucedido lo que sucede siempre á todas las literaturas derivadas; es decir, á las que se alimentan solamente de la imitacion de otra literatura. Góngora comprendió la justa necesidad de acometer la reforma de aquella *poesía rastrera* que vivia de prestado; pero equivocó el camino que debia seguirse, y la restauracion léjos de producir buenos resultados, fue perjudicial y funesta. Góngora tenia la voluntad suficiente del innovador: carecia, no obstante, del buen gusto que tan á prueba se requeria para alcanzar que sus obras fueran el encanto de los inteligentes y de las generaciones futuras; y empeñado ya tenazmente en aquella tortuosa senda, se abrió paso por donde fue permitido á su valiente ingenio, despreciando las censuras y atropellando por todo.

En medio, sin embargo, de su hinchazon y oscuridad, en medio de sus metáforas é hipérboles descabelladas, en medio de aquella afectacion estravagante y pueril, se echan de ver á menudo fuertes y vigorosas pinceladas que revelan al gran poeta.—En las *Soledades*, en el *Polifemo*, cuya apología hizo el conde de Villamediana, su grande amigo, encuentra indudablemente la crítica mas severa rasgos delicados, toques vigorosos y atrevidos, que hacen mucho mas doloroso el estravío de Góngora.—Sin molestarnos demasiado en buscar ejemplos, parécenos digna del esclarecido vate la imágen con que pinta la cabellera de Polifemo:

Negro el cabello, imitador undoso
de las oscuras aguas del Leteo,

y la que emplea para bosquejar su tremenda figura:

Un monte era de miembros eminente.

Tambien nos parece digno de aprecio el siguiente rasgo:

Purpúreas rosas sobre Galatéa,
la alba entre lirios cándidos deshoja.

Pero ¿á qué empeñarnos en registrar estas revesadas composiciones para encontrar bellezas, cuando tanto abundan en las canciones y sonetos?.... Hay cosa mas delicada en castellano que el soneto que principia de este modo?

La dulce boca que á gustar convida
un humor entre perlas destilado, etc.

La cancion que dedica *á una dama presentándola unas flores*, ¿puede ser mas tierna, mas graciosa y mas ligera? ¿Se ha pintado con mas nitidez el cabello de una bella que lo hace Góngora, cuando esclama;

Mueve el viento la hebra voladora
que el Arabia en sus venas atesora
y el rico Tajo en sus arenas cria?....

Don Luis de Góngora y Argote dejó en todas partes huellas inequívocas de su admirable talento; juzgarle por sus defectos solamente, ó pasarlos en silencio, podria arguir cuando menos malicia ó ignorancia de sus obras. Por esta razon nos hemos detenido, aunque no tanto como fuera conveniente, para formar de él un juicio lo mas completo posible en las dos diferentes épocas de su vida. El poeta de la juventud tiene para nosotros mas encantos; el poeta de la edad madura, aunque arrastrado por lamentables estravíos, no es menos digno de admiracion, por la osadía de la empresa que acometió y por el teson con que se propuso llevarla á cabo.—Una de las cosas que llaman la atencion es que todos sus enemigos, el mismo Lope que tan crudamente habia combatido al innovador, vinieron á rendirle al cabo tributo, siendo, si es posible, mas hinchados y extravagantes que él; lo cual prueba la poderosa influencia que ejerció sobre sus contemporáneos.—La cohorte de imitadores y comentaristas que sucedieron á Góngora, acabaron, como hemos dicho antes de ahora, de desfigurar la poesía castellana, hundiéndola en un espantoso abismo.

El distinguido poeta que tan grave trastorno causó en la literatura española, cansado de pendencias, desengañado de las cosas del mundo ó movido de otras razones, se ordenó en 1606 de sacerdote á la edad de cuarenta y cinco años, si bien desde 1590 gozaba ya de una racion en la catedral de Córdoba.—Permaneció en Madrid, no obstante de algunos viajes particulares y de poca duracion, por el largo espacio de treinta años, siendo tan adversa su fortuna, que á pesar de su mérito y del gran partido que alcanzó en la córte, no pudo pasar de ser capellan honorario de Felipe IV, aunque el conde duque le profesaba bastante aprecio, como lo manifestó en distintas ocasiones, agraciando con el hábito de Santiago á dos sobrinos suyos.—En 1626 estuvo don Luis al borde del sepulcro de una enfermedad aguda, de que le sacaron los cuidados de sus amigos, especialmente de la reina doña Isabel de Borbon que le tenia un particular afecto, y le envió sus médicos para que le asistieran. Libre de aquel peligro, se retiró á su patria con el objeto de pasar tranquilamente el resto de sus dias, muriendo en el siguiente año de 1627 á los sesenta de su edad.—Sepultáronle en la capilla de San Bartolomé de la catedral, que era patronato de su casa, sin que al presente encuentre el viagero una leve memoria que indique el lugar en que reposan las cenizas del gran poeta.

No terminarémos este artículo, sin apuntar que en el año próximo de 1841, un entendido humanista cordobés, don Luis Ramirez de las Casas Deza, ha dado á luz una *Coleccion de poesias escogidas* de don Luis de Góngora.—Este tributo que estaba exigiendo el buen nombre de tan famoso escritor, es tanto mas apreciable, cuanto que el señor Casas Deza ha tenido que luchar con no pocos inconvenientes, habiendo logrado, sin embargo, aumentar el número de las poesías selectas de Góngora con varias composiciones no publicadas hasta ahora, ó incluidas solo en la edicion de Pedro de Escuer, hecha en 1643 en Zaragoza, la cual ha llegado á ser muy rara y hemos consultado nosotros para hacer esta comparacion con el detenimiento debido.—En ella se encuentran últimamente las dos comedias que escribió Góngora tituladas: *El doctor Carlino* y *Las finezas de Isabela*, en donde á excepcion de algunas sales y oportunos chistes, no resalta ninguna de las dotes que caracterizan al poeta dramático.—El genio impresionable del gran poeta cordobés se acomodaba muy poco á las condiciones de este género de literatura, mucho mas reflexivo y menos inspirado que la poesía lírica.

José Amador de los Rios.

UN HERRADERO

EN CASA LUENGA.

Los herraderos y capaderos en Andalucia, y sobre todo en lo que se llama reino de Sevilla, son unas grandes fiestas campestres, en que reina la animacion y la alegría, en que nada se escasea, en que todo abunda, á que concurren los aficionados de todo el contorno y pueblos inmediatos, y en que, ya se celebren en medio del campo, ya en grandes corralones dispuestos á propósito, á todo el mundo se recibe, á todo el mundo se le trata con franqueza y familiaridad, como de casa, y á todos se obsequia, dando de comer al hambriento y de beber al harto. Como en ninguna otra provincia hay tan vastas labores ni tan opulentos labradores, estas fiestas, que regularmente solo ellos celebran, se verifican con ostentacion y con lujo. Es de las ocasiones en que mas se deja conocer la bizarría y profusion del carácter andaluz.

Cuando los novillos llegan á la edad proporcionada, se trata de separarlos de sus madres y de las vacadas en que se han criado; es decir, que cuando entran en la juventud se piensa en darles carrera, y para ello hay que consultar su inclinacion y disposiciones: este es el objeto del *tentadero*, que tambien pudiera llamarse *tentativa*. En estos casos, ademas de la inclinacion que dá á conocer el jóven toro, se tiene presente su estatura, su facha y buena pinta. A pesar de que en este acto suele reinar la imparcialidad y la justicia, no dejan muchas veces de tener lugar el favor y la intriga: tal vez por atender á la indicacion de un amigo, ó por satisfacer el deseo caprichoso de una dama, suele destinarse á lucir en la plaza de Madrid al que debia arrastrar una existencia ignorada bajo el yugo de una carreta. Aquí no puede decirse que el que tiene hombre es hombre, porque el susodicho individuo nunca sin embargo, deja de ser lo que es. A quien dude de esto le bastará considerar los muchos toros á quienes luego en la plaza hay que echarles perros, ó banderillas de fuego, ó la media luna. ¿Qué significa esto? Está claro; que estos toros han hecho su carrera por intrigas, y que, segun sus disposiciones, no merecian hallarse en el puesto que ocupan: por eso el pueblo, es decir, la opinion pública, se pronuncia en contra, y no se dá por satisfecha hasta que los vé salir del circo arrastrados por las mulillas.

En los tentaderos hay por consiguiente que probar el ganado, y para ello las gentes del campo los sortean con sus mantas, y los caballeros aficionados sacan la capa. Llega á tal grado la inteligencia de la gente esperimentada, y de los conocedores del ganado, que á pocas vueltas pronostican con seguridad las esperanzas que pueden fundarse en el novillo. Por supuesto que no se contentan con llamarlo á la capa, sino que ademas, para conocer si con el tiempo entrará á los caballos y tomará varas, los prueban poniéndoles por delante alguna burra vieja con aparejo redondo: el canónigo don Pedro de Vera, acreditado criador de toros, los hacia tentar con caballos; y para ello su conocedor tenia un caballo tan maestro, que no corria nunca el menor peligro. Del tentadero resulta que los que son buenos para toros pasan á las grandes dehesas, y los que son destinados para bueyes tienen que sufrir una operacion dolorosa, que ya podrán inferir nuestros lectores: pero tanto unos como otros están sometidos á la operacion del herradero, bien dolorosa por cierto, aunque nunca la hemos esperimentado, pero que por tal debe considerarse, segun la ronca voz con que claman los infelices, llevando un palmo de lengua fuera. Los novillos que adquieren el carácter de bueyes tienen al menos el consuelo de continuar por algun tiempo al lado de sus madres, mientras que se les destina á las faenas del campo y entran en activo servicio. Los que pasan á las dehesas abandonan para siempre á sus bondadosas madres, á las que con el tiempo llegan á olvidar enteramente, extinguiéndose en ellos todo sentimiento de amor filial y de ternura. Conviene observar esto, porque á ello debe en parte atribuirse la fiereza y la bravura que en adelante desplegan. Su vida es conforme al objeto á que son destinados. Se tiene siempre presente que aquellos jóvenes se educan para toros, y á esta consideracion se acomodan todas las reglas de esta especie de colegio ó seminario, de este semillero de valientes. Se les mantiene generalmente en parajes solitarios y distantes de los caminos reales; por manera que no viendo gente mas que los familiares que se ocupan en su servicio doméstico, y en su cuidado y asistencia, sin tratar ni hablar con nadie, contraen un carácter sombrío y taciturno, un cansancio de la vida que les hace no conocer muchas veces los peligros que los rodean, y sobre todo una ferocidad que envia á mas de cuatro chulos al hospital. ¡La ferocidad de los toros merece mucha disculpa! Quizá cualquiera en su caso haria lo mismo que ellos. ¿Qué haria un prógimo á quien despues de ponerle un hierro hecho ascuas en una cadera, lo condenasen para siempre á la vida solitaria en un desierto, sin ningun género de distraccion ni esparcimiento? Yo creo para mí que la fiereza de los toros no es de su naturaleza, sino que mas bien se les enfurece por educacion y por arte. ¡Qué poderoso es el influjo de la educacion! Ocurre tambien algunas veces que el guarda ó el zagal se divierten en echar la manta á un torete bien plantado que les hace cara; y véanse las consecuencias de los vicios que se introducen en los colegios por los subalternos: este animalito, en quien se despiertan una malicia y una intencion anticipadas, es de aquellos que andando el tiempo, y cuando se hallen en el teatro de sus glorias, en lugar de dirigirse á la capa, buscan el bulto del torero, y que cuando conocen que los van á atravesar con una espada, tienen la advertencia de recular contra el tablero, de no partir ni debajar la cabeza, para recibir el golpe de gracia: si

ademas, como torito alegre y divertido, se le ha llevado al pueblo inmediato en la fiesta del santo patrono, puede ya mirársele como toro placeado y marrajo, y tienen la vida buscada los que se le pongan por delante, porque no entrará sino para hacer un desavío. Ademas, es observacion constante que cuando los dichosos toros placeados se apoderan de los medios, dan mucho que hacer tanto á los de á caballo como á los de á pié, y suelen enviar alguno al hospital, cuando no sea á la eternidad....

Por los años de 1828 ó 29 me hallaba en la ciudad de Sevilla. Una mañana en una fresca habitacion baja me ocupaba en leer, cuando con la punta del baston dieron golpes en la ventana que daba á la calle. Al momento me asomé á ella, y vi al conde de Guadalete, célebre criador de toros, que me invitó á pasar á su casa, donde me esperaba á la hora de comer. Fui en efecto, como tenia de costumbre otros muchos dias, y durante la comida se dispuso una espedicion á su magnífico cortijo de Casaluenga, que entonces era propiedad de la Cartuja de Sevilla, y que hoy han recobrado los herederos del difunto conde, que lo habia comprado en la época del 20 al 23. Durante la comida tuvimos como siempre una conversacion variada y amenísima. Despues de comer, unos á caballo y otros en coche, todos nos dirigimos por el camino de San Lázaro al espresado cortijo. Descansamos aquella tarde, divirtiéndonos en los dias siguientes en pasear por el campo, en presenciar las faenas de la labor, en cazar, ya con escopeta ya con redes; y en jugar al tresillo, cuando el calor no nos permitia salir de la casa: á veces el tresillo, contra la voluntad del amable dueño, degeneraba en un golfo ó en un monte algo irreligioso. No habia tiempo de que este género de vida llegase á sernos enojoso y monótono, por que ademas de la franqueza que reinaba entre todos los concurrentes, de los chistes y agudezas con que se sazonaba la buena conversacion, y ademas de las varias ocupaciones en que entreteniamos el dia, siendo todo ella una série contínua de bromas ingeniosas y de chascos graciosos, no dejábamos tambien de hacer algunas expediciones á los pueblos inmediatos, donde ya unos, ya otros siempre teniamos amigos. A los pocos dias de estar en este cortijo, dispuso el conde una noche que para el dia siguiente se preparase un *Herradero* para obsequiar á varias damas y caballeros que debian ir allí á pasar un dia de campo. Tuvimos al otro dia que levantarnos bien de mañana para salir á recibir á los amigos que esperábamos. Fueron estos tantos, que casi llenaban todo el caserío del cortijo: entre estos recordamos á dos personajes, ya hoy difuntos, el general Quesada y el marques de las Amarillas, despues duque de Ahumada. ¡Quién le dijera á éste entonces, cuando nos daba un cigarro despues de comer, que habiamos de ver pasar por la Puerta del Sol de Madrid el cortejo fúnebre que conducia sus restos mortales á la mansion de los muertos! ¡Quién dijera entonces al primero que sus mutilados miembros se habian de pasear en triunfo algunos años despues por las calles de Madrid!

En un gran corralon se dispuso el herradero: alrededor se colocaron todos los coches, carros y carretas que habia en el cortijo, con el objeto de que en ellos estuviesen con comodidad todos los concurrentes. En medio de la plaza que se formó se habia construido un cerco de estacas que servia de burladero, y donde se hallaban reunidos los aficionados que salian á capear: otros se guarecian junto á las ruedas de los carruajes, y desde allí, ya con pañuelos, ya con mantas, ya con capotes de durancillo ó de seda, llamaban á los bichos; no faltaron aficionados de inteligencia y brios que hicieran muy bonitas suertes. Amarillas se reía mucho de unos jóvenes navarros, bastante alentados, aunque de poca esperiencia en la tauromáquia, y que por lo mismo se esponian á llevar un susto: «Señores, decia, es preciso conocer que mis paisanos no han nacido para toreros.» No faltó tampoco un buen golilla que confiado en el respeto con que era mirada la toga, llevó una solemne pateadura, levantándose del suelo mal trecho, y devorando á media voz, en atencion á la concurrencia y á su propia dignidad, los votos y los ternos que se le venian á la boca, y que le servian como de consuelo y lenitivo. Un general irlandés, bien conocido en todo el reino por su osadía y bravura, se propuso ser mas bravo que un toro bravo: se planta delante de un novillo con el

Herradero de Toros.

puño cerrado, y en un abrir y cerrar de ojos cayó al suelo y fué pisoteado: inmediatamente se levanta el irlandés echando espumarajos por la boca y bramando: corre furioso hácia el novillo; lo agarra por los cuernos, y se entabla entre los dos una lucha de las mas empeñadas; ni las voces, ni los gritos bastaban para contener al desesperado irlandés; el dueño del cortijo estaba lleno de sobresalto; y creyendo á un amigo suyo en inminente peligro, gritaba á la gente del campo que saliesen á socorrerle: las señoras daban gritos despavoridas y asustadas: «Madre mia de los Dolores, gritaba una: ¡Jesus, que hombre tan testarudo! decia otra: se aguó la funcion, añadia con enojo una señora mayor, tapándose la cara con el abanico.» Por fin, entre la gente del campo sacaron al irlandés de los cuernos del novillo. Afortunadamente se encontraban allí, como criados del campo, Sebastian Miguez y Francisco Sevilla (a) Troni; estos dos solos sujetaron al novillo, que se zamarreaba con el general, mientras que varias personas distinguidas separaban á éste, informándose con solicitud del resultado de aquella aventura. En efecto, debia tener su cuerpo lleno de contusiones; pero todo aquello era para él un grano de anis: y no perdió por eso ni la gana de comer ni menos la de beber: la funcion no se aguó, y antes mas bien se hizo interesante y amena. El general irlandés recorrió el circo con orgullo, recibiendo las felicitaciones de las damas, que con los abanicos y los pañuelos le daban mil enhorabuenas, riñéndole las de mas confianza por su temeridad, y por el susto que les habia causado: toda la averia que sacó se redujo á habérsele roto los tirantes y á tener las manos desolladas; ¡pero habia probado que un irlandés puede mas que un novillo!

Entre la gente del campo, es decir, conocedores, mayorales y baqueros, no faltaban buenos capeadores, que se empeñaban en lucirse en presencia de su amo, y quién, como inteligente en la materia, les aplaudia lo bueno que hacian, ó bien les reprendia su falta de conocimiento ó su torpeza. Se confundian entre la multitud algunos toreros de profesion, que parecian esperar, á lo menos algunos de ellos, á que su misma celebridad los diese á conocer. Miraban aquello como una mera diversion, y con cierto aire de superioridad, discurriendo con tono magistral acerca de las propiedades y condiciones de los vichos, con las personas que les hablaban: el dueño del cortijo era su padrino, y ellos por su parte reconocian la superioridad de sus conocimientos en el arte.

El sol abrasaba, y las señoras se mostraban fatigadas, á pesar de que se habian colocado oportunamente y por medio de altos palos varios toldos, que les daban sombra, ademas de que muchas se hallaban en carruajes cubiertos, y tenian la defensa de sus elegantes sombrillas: algunas se retiraban á las habitaciones de la casa.

La operacion era por cierto larga, porque despues de capear á cada novillo, y de ponerle el hierro, cuando se habia conseguido tenderlo, se discurria entre los concurrentes sobre el nombre que debia darse al jóven toro. Las señoras tenian en esto una grande influencia, casi absoluta, y era una ocasion en que lucian su discrecion y felices ocurrencias: á un novillo que hizo tiras una capa le pusieron *Sastre*: al que mereció el honor de que una ilustre dama le pusiera por su propia mano el hierro, se le declaró el nombre de *General*, porque el esposo de esta dama era el capitan general de Andalucía: á otro se le puso *Esperanza*, por obsequio á una dama de este nombre; en fin, siempre los nombres tenian un orígen de esta naturaleza, y nunca quedaban al arbitrio de los baqueros. Como el objeto era obsequiar y divertir á las personas que habian ido aquel dia á visitar al amo del cortijo, se acabó la operacion en el momento que éste lo mandó. Entonces pasaron todos los convidados á las habitaciones de la casa, que hallaban frescas y bien preparadas. La comida fué de campo en la franqueza, y mas que de córte en la delicadeza y en el lujo: difícilmente la igualarian siquiera los banquetes diplomáticos del general Narvaez.

Ademas de la mesa en que fueron servidas las personas convidadas, en diferentes habitaciones, en la antecocina, en los pasillos y en los patios, se daba de comer á todo el mundo, no permitiéndose á nadie que saliese con el estómago vacío: en estas ocasiones lucia el opulento dueño del cortijo toda su esplendidez y profusion, en lo que ciertamente nadie le ha escedido hasta ahora: aquella funcion era bajo todos conceptos una fiesta andaluza, porque hasta los jóvenes de uno y otro sexo, iban con los trajes propios de la gente maja.

Al declinar el sol, y cuando aquellos hermosos campos ofrecian el aspecto mas halagüeño y encantador, dejaron aquel magnífico cortijo todos los convidados; y despues del murmullo y confusion de la despedida, se alejaron las damas en coches y carretelas, y los caballeros en hermosos caballos, llenando todo el camino que se estiende hasta la puerta de Macarena. Por muchos dias no se habló de otra cosa en las tertulias, donde con la gracia nativa del pais se referian los lances y aventuras del *Herradero*, sin omitir las menores particularidades, y haciendo la mencion debida del arrojo y bravura del general irlandés.

A.

EL HERMANO DE LA MAR.

CAPITULO XII

¿QUE FRAGATA ES AQUELLA....?

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
(LOPE. DE VEGA.)

Pocos dias mas de próspera fortuna bastaron á la rápida *Vengadora* para ponerse á la vista de Cádiz, y dar fondo por último en su desierta bahía.

Los antes apesarados viajeros saludaron ahora con gritos de alegria la bella ciudad de Alcides, en cuyo seno les esperaba un descanso reparador de las pasadas fatigas.

Todos saltaron en tierra, y los nuevos parientes fueron juntos con Carlota á habitar la antigua casa del difunto marques, situada en el Campo de Capuchinos, y desde cuyas altas azoteas se divisaban los pintorescos pueblecillos de la costa, y la inmensa líquida llanura del Océano. Volvieron á aparecer bajo su primitiva forma las elegantes figuras de Eugenia y de Carlota; y el jóven marques, extasiado con la encantadora belleza de su prima, permaneció algun tiempo como olvidado de los tenaces propósitos de venganza, que por espacio de tantos años le habian llevado por el mundo á merced de las ondas y de los huracanes.—Pero tan profunda era la herida que los fatales anteriores acontecimientos habian abierto en su corazon, que no podia cumplidamente desprenderse de la arraigada memoria que de una vez le habia arrebatado sus mas bellas ilusiones, y en medio de la satisfaccion en que vivia tornaba con frecuencia á su aire melancólico y sombrío, dejando escapar sordos suspiros que revelaban la borrascosa tempestad que constantemente en su seno fermentaba. Solamente Eugenia con su gran copia de atractivos, ejercia un absoluto imperio sobre el llagado corazon del marino, y á la manera que el brillante sol rompe y desvanece las tinieblas, así tambien ahuyentaba las que de vez en cuando envolvian á aquel hombre, endurecido con sus largos padecimientos y las ásperas costumbres de la mar. Y entonces, á su vez Eugenia, cuando lograba que los abatidos ojos del capitan recobrasen su deslumbrante brillo, y escuchaba los apasionados acentos que brotaban de sus labios, sentia allá en lo íntimo del alma el influjo de un poder superior al cual gustosa y silenciosamente rendia el homenaje de la mas tierna y cariñosa admiracion.

No obstante de que tanto uno como otro conocian el estado de mútua agitacion en que se encontraban sus corazones, ambos guardaron largo tiempo la mayor reserva, como si temieran provocar la declaracion que tanto deseaban.

Paseábanse por el ameno jardín de la casa una de las mas hermosas tardes de la templada primavera. Carlota se entretenia en perseguir á las pintadas mariposas, y leve, aérea, incierta como los errantes insectillos, hora desaparecia entre el frondoso ramaje de la espesura, ora tornaba á aparecer, saltando en desiguales giros por el centro de un hermoso plantel de lozanas flores.

Eugenia y el capitan se sentaron sobre uno de los bancos de mármol que habia en una larga calle cubierta de cipreses. El capitan estaba pensativo: Eugenia, despues de una ligera pausa y de haberlo contemplado brevemente, dijo suspirando:

—¡Siempre lo mismo!

—¡Ay!... sí. Perdona, hermosa prima; yo deberia ahogar en lo mas hondo de mi seno este horrible torcedor que siempre me acompaña, y aparecer ante tus ojos con la máscara de un mentido placer, de una hipócrita lisonja.

—¡No, no!... Prefiero que seas franco. Muy sensible me es verte siempre dominado por unos recuerdos á los cuales has cedido demasiado lugar en tu corazon....

—Por eso soy mas digno de que tu compasion no me abandone.

—¿Mi compasion, Leopoldo!... dijo Eugenia con amargura: sí, nunca dejaré de compadecerte; pero un tiempo me lisonjée con la esperanza de ahuyentar tus pesares, y veo que esto ha sido pretender demasiado....

—Por piedad, Eugenia: no desmayes en la obra que con tanta nobleza como generosidad has emprendido. Si tu pierdes la esperanza de salvarme, ¿cuál será la que yo conservaré al encontrarme nuevamente solitario en medio de esa sociedad que tanto aborrezco? Créeme: es tan sutil el hilo que me ata á la existencia, que estoy decidido á romperlo en el instante en que sobrevengan nuevos contratiempos.

—¡Leopoldo!

—Sí: ¿qué puede esperar de la vida un hombre como yo? Cuando sobre un corazon de veinte y cinco años caen tantas gotas de amargura, seca el alma, se cierra á todas las gratas impresiones que embellecen el infecundo arenal que atravesamos. Pero aun tiene encantos para mí: aun hay atractivos en la vida para el hombre que ha tenido la ventura de encontrarte en su áspero camino; y si esta breve felicidad me la arrebatára tambien mi negra estrella, entonces..... no lo dudes, todo se acabaria para mí.

—¡Oh!.... ¡calla!.... que me haces estremecer.....

—Tú ignoras, bella Eugenia, todo lo profundo del odio que yo he profesado á las mujeres: desde que una pagó mi confianza con la mas cruel ingratitud asesinando mis creencias en mi ciega indignacion, tal vez con injusticia, me parecieron todas iguales.... y á todas las maldije!..... Perdona; yo entonces no te conocia. En pos de mi venganza, ansiando vivir en la soledad, me lancé sobre las aguas, y no hay mar que no conozca la quilla de mi fragata, ni que haya dejado de escuchar los comprimidos ayes que me arrancaban mis agudos dolores. Solamente cuando me hallaba á mil leguas de tierra, y las olas se estrellaban en mi frente, y zumbaban los furiosos vendabales, era cuando mi corazon se dilataba con la esperanza de encontrar una pronta muerte que pusiera fin á mis eternos sinsabores. Y nada; siempre la muerte respetó una existencia que tanto me agobiaba, y seguí corriendo á la ventura sin alcanzar un instante de paz y de reposo para una alma harto agitada, hasta que la Providencia, dolida de tanto padecer, te colocó á mi lado de una manera milagrosa. Y bien: ¿qué he conseguido yo con esto?—Un instante de pasajera felicidad.—Sí, porque tú, Eugenia, eres el bello ideal de la mujer pura y fuerte que jamás tendrá nada porque avergonzarse al recordar las anteriores acciones de su vida, y yo..... tú conoces mi historia..... ¿á quién podré ofrecer mi corazon en el estado en que se encuentra, que no me lo rechace con glacial desden, ó con una sonrisa de estéril compasion?

—¡Leopoldo!... dijo Eugenia con visible emocion: tu pensamiento es el enemigo mas implacable á quien tienes que combatir: tu seno necesita de mucha calma..... arroja de tu mente esas fúnebres ideas, y no dudes que si algun dia mas tranquilo llegas á ofrecer tu corazon, será aceptado por las almas sensibles con todo el interés que se merece.

Arrebatado por el ardiente entusiasmo que habian producido estas palabras, iba á contestar el marino, pero se detuvo al observar que se acercaban Carlota apoyada en el brazo de don Julian, y aprovechando la distancia que aun los separaba, le dijo bajando la voz:

—Eugenia, lo que acabas de decir me abre las puertas del cielo, que yo creí encontrar siempre cerradas. Muy consoladora es la esperanza que me has hecho concebir; pero aun tengo dudas, y la incertidumbre me seria aun mas funesta. Tengo mucho de que hablarte, y necesito oir mi sentencia..... Esta noche, aquí, á las doce..... ¿vendrás?

Eugenia le dirigió una mirada escudriñadora..... y el capitan se apresuró á justificar sus intenciones.

—Tu honra es la mia: yo no amaré jamás sino á una mujer pura.

—Vendré, contestó Eugenia con firmeza y dignidad.

Todos se reunieron, y poco despues salieron juntos para el teatro.

Son las doce: aun la luna no se ha dejado ver sobre el horizonte, y solamente la escasa é indecisa claridad del limpio firmamento, es la luz que alumbra una de las noches mas oscuras del mes de abril.—Un hombre penetra por la puerta falsa del jardin; discurre breves instantes por sus calles lóbregas y solitarias, y por último, se pára maquinalmente en el sitio de la cita. Poco despues una sombra blanca y flotante se destacó entre las tinieblas, y acercándose al paraje convenido, murmuró.....

—Leopoldo?

—Sí, contestaron en voz muy baja.

Los dos amantes volvieron á ocupar el mismo asiento en que pocas horas antes habian dado principio á su amorosa declaracion, y por espacio de algunos momentos hablaron con acento apenas perceptible. De pronto, y en medio del profundo silencio que reinaba, sonó el estallido de un beso.—El astro de la noche al mismo tiempo saliendo de entre las ondas del mar, envió á través de la espesura un rayo importuno que reflejó un instante sobre la frente del mancebo.—¡Cuál fué el espanto de la vírgen, al reconocer á su lado la faz terrible y diabólica del *Inca*! ¡Y cuál su angustiosa consternacion, al ver instantáneamente aparecer delante de ella el severo continente de Leopoldo como si hubiera brotado del abismo! Lanzó un grito agudísimo y desapareció con la rapidez del relámpago.

Los dos rivales se miraron en silencio con la misma avidez que dos tigres que van á devorarse.

—¡Qué miro!!! esclamó con ronca voz Leopoldo. —Miserable!... ¿al fin nos encontramos?...

—Al fin; le contestó el Inca con voz firme y sonora.

—¡Oh!... juro á Dios que ahora no te escaparás.

—¡Tampoco pienso en ello: ya vés que estoy sentado, y que no me ha hecho variar de postura tu presencia.

—Conozco tu arrogancia, pero llegó tu hora postrera.

—¡Delirio! estás sin armas y yo no me he olvidado de las mias. Con ellas pudiera abrirme paso... pero no, no quiero aprovechar esta ventaja.—Yo sé que me has buscado por el mundo arrastrado por tus locos deseos de venganza, y evité el que me encontráras porque no quise añadirte un nuevo desengaño. Ahora, he variado de modo de pensar. La fatalidad ha hecho que nos volvamos á encontrar sobre un mismo camino, y yo he jurado pasar adelante derribando cuantos obstáculos lo impidan.—Yo quiero poseer á Eugenia... ¿me comprendes? Mañana nos batiremos.

—¿Mañana?... ahora!

—¿Te olvidas de que uno de los dos ha de quedar en el campo?—Este sitio no es á propósito... y para tranquilizarte de la fuga de que me crees capaz, yo permaneceré aquí hasta que llegue la hora del combate.

Y esto diciendo se tendió en el banco, y envuelto en su ancha capa fingió ó se quedó realmente dormido.

En la madrugada del dia siguiente se estaban acosando á estocadas en medio de un espeso olivar situado á media legua de la plaza.—Ambos estaban heridos; y cansado el capitan de tanta resistencia y deseando acabar con su contrario, arremetió con él reuniendo todos sus esfuerzos, y por último tuvo la fortuna de tenderlo á sus pies atravesado el corazon.

Cayó el Inca, y antes de despedirse de la vida, dirigió con serenidad á Leopoldo sus últimas palabras.

—Satisfice mi deuda... muero á manos del hombre cuya existencia envenené... he podido matarte... pero la razon te escudaba... ¡el cielo es justo!—Para nada me sirve ya ese retrato, dijo arrojándole el de Eugenia: pero muero satisfecho porque he logrado besar el original...

Y asomando á sus lábios lívidos su habitual sardónica sonrisa, exhaló el último aliento.

—¡Maldito seas! murmuró el capitan agitado por la cólera, y se alejó rápidamente de aquel lugar donde la muerte estaba recogiendo sus despojos.

Dos dias habian pasado desde la noche de la fatal ocurrencia del jardin, en cuyo tiempo el capitan no se habia presentado ante los ojos de su prima.

Una tarde se hallaban ésta y Carlota en la alta azotea de la casa desde cuyo punto se alcanzaba á ver una inmensa estension del Occéano cuyas ondas bañan los fuertes muros de la ciudad.

Discurrian ambas sobre la funesta casualidad de la pasada noche, á tiempo que se presentó el piloto *Placeres* con un pliego en la mano, que con semblante triste y macilento puso en las de Eugenia.

Abriólo ésta apresuradamente, y halló que contenia el retrato que le habia arrebatado el Inca, acompañado de un billete que leyó con la mayor sorpresa y agitacion.

«Mi venganza está cumplida.—He matado en buena lucha al hombre que ha emponzoñado mi existencia; pero tal es el rigor de mi enemiga estrella, que al espirar el mónstruo ha clavado, gozándose en mi tormento, un nuevo dardo en mi destrozado corazon.—Devuelvo ese retrato, que no dudo habrá sido arrancado violentamente: sé tambien que solo la casualidad es la que le ha favorecido la otra noche, pero jamás podré olvidar que su lábio impuro ha logrado tocar la hermosa flor de mi única esperanza, y ya quedó marchita para mí.—He resuelto volver al mar y abandonar la tierra para siempre... sí!... para siempre Adios.—*El Hermano de la mar.*»

Alzó Eugenia sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y los detuvo un instante sobre un buque que á toda vela cruzaba por delante del terrado.—El lienzo negro que flotaba en uno de sus mástiles era harto conocido de la perla mejicana, y volviéndose prontamente hácia el piloto le preguntó con acento que revelaba su vehemente desesperacion.

—¿Qué fragata es aquella...!!!

—La de *El Hermano de la mar*, señorita, que sale para el Asia.

Los ojos de Eugenia se secaron, y despues de algunos momentos de insensata vaguedad... prorrumpió en una larga histérica carcajada que llenó de asombro á los que la contemplaban.

Estaba loca.

CONCLUSION.

Eugenia tuvo la fortuna de morir á poco tiempo, y el afligido don Julian recogió los restos de su hija y los condujo para que reposáran al lado de los de su esposa.

Carlota se restituyó á la casa paterna mas curada de su viandante manía.

Algun tiempo despues, cuando el piloto *Placeres* ascendido al grado de capitan de fragata tocó de arribada en la capital de Cuba, informó á Carlota de la sensible pérdida del *Hermano de la mar* sobre uno de los bancos de nieve del cabo de Hornos.

El venturoso Figueroa obtuvo despues la mano de Carlota, y los tiernos esposos levantaron en el jardin de la casa un sencillo monumento á la memoria de sus desdichados amigos.

Le han escrito á Medrana para que vaya á pasar con ellos una temporada de placer; pero Medrana aunque lo desea, hace dos años que no sale del observatorio astronómico de San Fernando, esperando una señal evidente y positiva de buen tiempo.

FIN.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

EL CHAPIN DEL REY

ó

PARRAS VERDES.

JACARA PORTUGUESA (1).

I.

En la viña hay parras verdes,
Ricas uvas columbré,
Tan maduras, tan doradas!....
Estan diciendo «comed!»

(1) El presente romance, asi como el que con el título de *Bernal-Francés* insertamos en el núm. 11 del tomo 2.° de este periódico, pertenece á la Coleccion del *Romancero Portugues*, que piensa publicar nuestro buen amigo don Isidoro Gil, en union con el entendido escritor y antiguo colaborador del *Laberinto* don Leopoldo Augusto de Cueto. Dedicados ambos al estudio de la literatura portuguesa en las horas de descanso que les dejan ocupaciones mas graves, han llegado á formar una rica coleccion de romances, trovas y jácaras portuguesas, que en la ocasion podrán servir de datos preciosos para la historia de la poesia popular de la Peninsula.

El religioso respeto con que han sido trasladadas á nuestro idioma estas interesantes tradiciones populares, las hará parecer muchas veces no solo defectuosas en su forma, sino hasta en la material estructura de su versificacion. El traductor, sin embargo, no se ha atrevido á tomar sobre si la reconstruccion de estos monumentos antiguos de la literatura de una nacion extraña; y se limita por lo tanto á ofrecer al público el fruto de lo que él llama sus *excavaciones*, siguiendo fielmente el estilo, la forma, y hasta los defectos de estos poéticos restos de un pueblo, cuyos recuerdos históricos se hallan tan íntimamente enlazados con los de nuestro pais.

«Saber quiero quién las guarda:
Id, mayordomo, á saber:»
Dijo el rey á un mayordomo,
Mas por qué lo dijo el rey?

Porque viera en aquel monte,
—Y como lo vió no lo sé
Una dama encarcelada,
No se sabe por qué ley,

Que por su mal es condesa,
Condesa de Valderey:
Mejor ser pobre y villana,
Mucho mejor por mi fé.

En la viña hay parras verdes,
Uvas que codicia el rey,
Tan maduras, tan doradas!....
Estan diciendo «comed.»

II.

Vino del monte el criado:
«Buenas nuevas, señor rey!»
La viña está bien guardada,
Mas yo, sin embargo, entré.

»El dueño fuése á otras tierras,
Cuando volverá no sé;
Viejas son puerta y portera,
Llaves de oro dejé ver.

»Sirvió el oro á maravilla,
Todo por fin lo ajusté:
Esta noche á media noche
Con vos á vendimia iré!»

—«Valeis un reino, escudero,
Merced por ello os haré,
Esta noche á media noche
Ricas uvas comeré.»

«Parras verdes tienes, viña,
Mas tus uvas divisé;
Son tan maduras, tan bellas!....
Estan diciendo «comed!»

III.

Al toque de media noche
Salieron criado y rey:
Doblas dieron á la vieja,
Tantas, que ni yo me sé.

«Ahí os quedad, mayordomo,
Quedaos, que yo entraré;
No asalten canes la viña
Mientras vendimiando esté.»

Lo que á la vieja le importa,
Es el «toma y mas daré.»
De la condesa en el cuarto
Ved por fin entrar al rey.

Llevaba un candil ardiendo,
Era de plata, sabed:
Que no hay sino plata y oro
En casa de Valderey.

En la viña hay parras verdes,
Uvas maduras se ven;
Son tan doradas, tan bellas!....
De ellas—cuándo comeré!

IV.

De la condesa el retrete
No os acierto á encarecer,
Era el cielo de aquel ángel;
Que mas os diga no sé.

Ricas sedas de Milan,
Tohallas de Courteney....
Temblaba el rey.... Si era susto,
Si era de gusto no sé.

Cortinas de seda verde....
—«Levántelas por mi fé!»—
Dióle tal luz en los ojos,
Que estuvo para caer.

Era tanta su hermosura....
En fin, qué mas os diré?
Como aquel primor ninguno
Visteis vos, ni yo he de ver.

En la viña hay parras verdes,
Ricas uvas columbré,
Tan maduras, tan doradas!....
Estan diciendo «comed!»

V.

Dormia tan descansada
Cual yo en gloria dormiré,
Si soy como ella inocente....
—«Jesus! Si la tocaré!«

De hinojos toda la noche
Pasó allí el bueno del rey,
Mirándola embebecido,
Sin mover mano ni pié.

Y decia: «Señor Dios!
Perdonad si ya pequé,
Mas este ángel de inocencia
Por quien soy no he de ofender.»

Parras verdes vi en la viña,
Lindas uvas encontré;
Tengo miedo se me aceden,
De ellas, ay! no comeré!

VI.

Empezó á rayar el dia,
Y el rey, como ya os conté.....
Pitar oye al mayordomo....
—«Jesus, señor, me valed!»

Era señal convenida:
—«Viendo al conde, pitaré»—
Dejó caer las cortinas
Diciendo: «no vendimié.»

Lindas parras vi en la viña,
Ricas uvas contemplé;
Remordióme la conciencia,
Y las uvas no probé.

VII.

Echó á correr con tal priesa
Que volaba el señor rey:
—«Ay, que he perdido un chapin!»—
—«Tomad, que el mio os daré:

«Pero ni un instante mas,
Que ya al conde divisé
Bajando de aquella altura;
Pronto, que nos va á cojer.»

Este el miedo es del criado:
Otro era el miedo del rey.
Cuál de ellos razon tenia?
Ahora os lo contaré.

Parras verdes vió en la viña,
Uvas maduras de ley;
Era caso de conciencia,
Dijo: «no las comeré..»

VIII.

Ya llegó el conde á su torre,
El conde de Valderey,
Hallóse el chapin bordado
Cual se quedó, suponed.

Fuése airado á la condesa:
—«Morirá, la mataré.»—
Vióla dormir tan serena.
—«Jesus! no sé lo que haré.»

Recorrió la estancia toda:
—«Téngame Dios en su ley,
Porque esta mujer es bruja
O con el chapin soñé!

«El chapin aquí le tengo,
Yo mismo el chapin hallé.....
Mas que así tranquila duerma
Y haga tal, no puede ser.»

Dióse á pensar en aquello
—«Valedme, mi Dios! qué haré?
Por menos se pierde el juicio;
Cómo no le perderé?»

«Viña mia tan guardada!
Las uvas que yo dejé
Ay! no es fruta que se cuenta.....
La que me falta no sé.»

IX.

Encerróse en lo mas alto
De su torre, Valderey:
—«No quiero comer mas pan
Ni mas vino he de beber;
Ni mis barbas y cabellos
Jamás desde hoy peinaré;
Mientras la verdad no sepa
De aquí no me he de mover.

Verdes parras de esa viña,
Uvas que no comeré;
En buen hora os pongais secas
Que yo, ¡ay, triste!—moriré.»

X.

Por tres dias y tres noches
Que observára aquella ley;
Clama la triste condesa
—«¿Qué cura á su mal daré?»

De quién le ocurrió valerse?
Ahora os lo contaré.
Fue á quejarse la inocente.....
Á dónde fué?—al propio rey.

«Id, condesa, id en buen hora,
Que yo remedio pondré;
El secreto de su mal
Le sé yo..... Si lo sabré?

«Palabra de caballero,
En puridad os daré,
Que habrá él de ser quien era
O yo, quien soy no seré.»

Parras verdes de la viña,
Uvas que yo codicié!....
Grande fué la tentacion!...
Pero de ellas no probé

XI.

Fuése de allí la condesa;
No tardó en seguirla el rey.
—«Quiero oir lo que se dicen;
De la puerta escucharé.»

Oyó una voz celestial
Como yo jamás oiré,
Cantando en dulce tonada
Este triste vireley.

«Yo fui viña bien cuidada,
Bien querida, bien tratada,
Y así medré!

Ya no lo soy ni seré;
El por qué no sé
Ni jamás sabré.»

Con lágrimas en los ojos
Apartóse de allí el rey:
—«Oigamos ahora al otro
Y lo que sabe sabré.»—

—«Viña mia tan guardada!
Cuando en ella entré,
Rastros del ladron hallé,
Si de ella robó, no sé;
Cómo lo sabré?»

El conde es que su mal llora,
Dijo sonriendo el rey.
—Si era de él ó bien del conde
De quien reia no sé.—

—«Yo fui el que en la viña entré,
Rastros de ladron dejé,
Parras verdes aparté,
Uvas bellas,
Conde—vi:

Y así Dios me salve á mí
Como de ellas
No comí.»

XII.

La puerta tenia una reja;
Del Chapin descalzó el pié
Y arrojándosele dentro,
Les dijo:—«Ved y sabed.»

Lo demas que allí pasó
¿Para qué os lo contaré?
Supo el conde la verdad,
Y el rey.... supo al fin ser rey.

En la viña hay parras verdes
Ricas uvas la dejé:
Lo que las guardó fué el miedo
De Dios y su santa ley.

ISIDORO GIL.

15 de julio de 1845.

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS Y REVISTA TEATRAL.

Han dado término en Inglaterra los debates parlamentarios. El aniversario de uno de los hijos de la reina Victoria, el príncipe Alfredo, se ha celebrado con toda la pompa que exijia su elevada cuna; las demostraciones del público regocijo han sido universales como acontece en semejantes casos. Tal vez la reina Victoria haga una visita á Viena, para la cual ha sido invitada por el emperador de Austria. El gabinete francés parece hallarse conforme con la no disolucion de las cámaras, á pesar de ser reconocida por entendidos políticos la ventajosa posicion que le suministraria el feliz éxito de las negociaciones con Roma, y el tratado de Marruecos para obtener completo triunfo en el campo electoral. El conde de Molina y la duquesa de Beira siguen tomando los baños de Greoulx, que parece son muy eficaces para el restablecimiento de su quebrantada salud.

S. M. la reina doña Isabel II y su augusta familia continúan en San Sebastian, siendo el objeto del acendrado cariño de aquellos naturales. Todas las corporaciones no han escaseado medio ni fatiga para obsequiar á su querida reina, haciéndola disfrutar las diversiones propias del pais. Entre estas merecen citarse la de la pesca verificada por medio de una inmensa red; que al grito de ¡viva la reina! presentó á los pies de S. M. una inmensa variedad de pescados y *el regateo de las lanchas* enviadas de todos los puertos de Guipúzcoa. SS. MM. han visitado la casa de Misericordia y el cuartel del regimiento de Mallorca. El dia 16 parece el señalado por la reina para salir á santa Agueda, y el 2 de setiembre para su regreso á Pamplona, donde se preparan grandes fiestas, contándose entre estas varias corridas de toros, en las que tomarán parte los mejores lidiadores, y algunas funciones de canto, ejecutadas tambien por artistas escogidos.

Unánime la prensa de Madrid, si se esceptúa la *Posdata*, hace la oposicion al ministerio, sacando todo el partido posible de la marcha de los negocios. El sistema tributario, las negociaciones con Roma, la devolucion al clero de los bienes no vendidos, la perfectamente calificada por el *Globo* de ridícula, absurda, inútil y abortada deportacion de los redactores del *Clamor Público*; la *famosa conspiracion de los famosos barones* Boulow y Pelichy; las bajas de los fondos, y otras cuestiones no menos importantes, sirven de pasto á la oposicion. Entretanto el gabinete permanece firme y tranquilo, como que descansa en la conciencia de seis ministros. En la actualidad, lo que parece preocupa toda su estension es el nombramiento de senadores y consejeros.

Coche de gala de la reina Vitoria.

La tarde del viernes tuvieron ejercicio de fuego los caballeros cadetes del Colegio general militar. La concurrencia fué crecida. El señor director conde de Cleonard dirigió las maniobras á caballo, quedando sumamente complacido.

Ha tenido lugar en la plaza de toros otra corrida de aficionados por el estilo de la anterior. La entrada fué llena y de personas escogidas. Los diestros estuvieron, como es de suponer, bastante zurdos, pero cumplieron su deseo, que fué el de divertirse.

El teatro del Circo nos dió el domingo pasado la ópera Adelia, que cantó la Basso en esta córte. Es funcion que nunca ha gustado mucho á pesar de su mérito, porque abunda en reminiscencias. A la señora Albertini, que se presentó en esta noche por la vez primera, no nos atrevemos á juzgarla desde luego por temor de que nuestro juicio sea aventurado. Esperamos á oirla sin el miedo que en estos casos es natural, y entonces emitiremos nuestro parecer. En este coliseo parece que se hacen grandes preparativos á fin de que el público goce lo que se merece en la próxima temporada de otoño.

Tambien en el teatro de la Cruz encontrará el público mejoras de consideracion, tanto en el lujo y comodidad de las localidades, como en los artistas de primera que ya estan escriturados. Tendremos el gusto de oir otra vez al incomparable Moriani, que alternará con Guasco y Mirate; admiraremos al famoso bajo barítono señor Ferri, cuya simpática voz dicen ser la primera en su género, y aplaudiremos á nuestros insignes compatriotas Salas y Miral, á quien parece se ha escriturado. La Egregia Tosi y la Rafaeli forman parte de esta gran compañía. Se habla de una compañia de verso dirigida por el apreciable señor Lombía, y que funcionará en este coliseo los dias que no haya ópera.

El teatro de *Buena-vista* sigue campeando por sus respetos.

El lunes llegaron á esta córte los señores Corradi y Perez Calvo, redactores del *Clamor Público*, que fueron puestos en libertad de igual modo que los prendieron, diciéndoles el oficial que estaba de guardia en el castillo de Santa Catalina de Cádiz—Ya pueden Vds. marcharse á la calle.—¡Viva la Constitucion!

Como en la *Revista* anterir anunciamos, celebró la seccion de literatura del Liceo el domingo 10 del actual una reunion numerosa para tratar de la publicacion de uno de nuestros mas célebres poetas dramáticos de los siglos XVI y XVII. Como suele suceder con todas las empresas, animadas por un sentimiento patriótico, el deseo de dar á luz las obras de uno de aquellos insignes ingenios, hizo que se pensase unánimemente en hacer estensiva á todos los demas esta misma empresa. Así fué que sin discusion alguna se trató desde luego en elegir el poeta con que habia de comenzarse esta publicacion. Natural parecia que se pusieran los ojos en el fenix de los ingenios españoles, en el padre de nuestro teatro, en el gran Lope de Vega. Sucedió en efecto de este mo-

do; siendo muy digno de elogio el que cuando algunos jóvenes ponian juiciosos reparos, por la multitud de producciones que poseemos de aquel dramático, producciones que necesitaban de algunos años para darse á luz, un respetable anciano, el señor don Juan Nicasio Gallego, se presentase como el mas ardiente campeon de la edicion proyectada de Lope, arrastrando en pos suyo á todos los remisos con la fuerza de sus razones. Terminadas estas cortas diferencias, hijas solo del deseo de acertar, se nombró una comision compuesta de los señores don Juan Eugenio Hartzembusch y de don Gerónimo Escosura, para que adoptando el órden alfabético, presentasen la lista de las comedias, con las cuales deberia comenzarse esta colosal empresa.—Todos los individuos que componen la seccion del Liceo están llamados á contribuir con todas sus fuerzas á su completo desarrollo, y nosotros abrigamos la esperanza de que se conseguirá á fuerza de fé y perseverancia lo que hasta ahora se ha tenido por locura el intentarlo solamente.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. Boix.

Calle de Carretas, números 8 y 35.